

TRIBULACION

«Seis veces te sacará de la tribulación y la séptima no te alcanzará mal».

Job

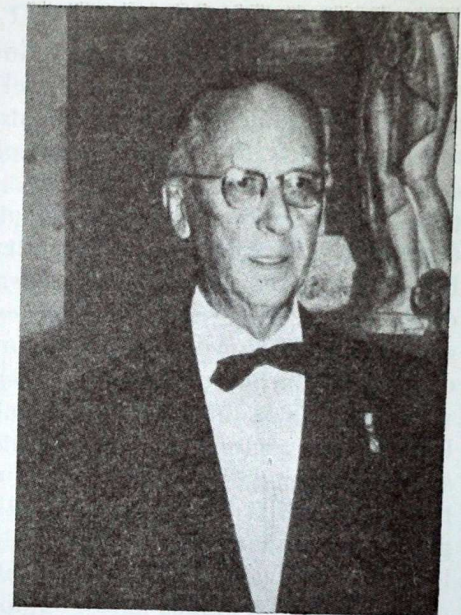
Hemos robado días. Hemos tirado días en música sin fondo, calderilla de días, concierto que soñaba contigo en la celeste pradera que nos vive detrás de la mirada. Tiramos ilusiones casi sin darnos cuenta, sin darnos cuenta casi del ojo del suicida, enterrando las vivas ideas que persigue nuestra razón de ser, como hombre colgado del hilo con que juegan caras de marionetas del misterio. Dolor de no encontrar el sitio para encajar el hombro, andar por esta sangre, como un hombre cualquiera arrinconado al muro del anuncio que grita que pensar es pecado del hombre que va solo. Del hombre solo. Culpa del hombre. Siempre solo.

Jesus DELGADO VALHONDO

(Del libro «La vara de avellano», recientemente aparecido).

En el segundo aniversario de la muerte del conde de Canilleros

Recordatorio de una ausencia



ROR la ventana, abierta de par en par, me llega la claridad cegadora de una mañana de abril. En la vecina torre de Santa María acaban de sonar graves las doce campanadas del mediodía. Entre rejas, atisbo un panorama de piedra granítica. El cimborrio de una torre más lejana –la de San Mateo– se destaca en un cielo muy azul sin sombra de nubes. Junto a la ventana, el sol hace guiños sobre un farol romántico. Estoy sentada en una frailería silla de cuero y escribo sobre la camilla hogareña. Encima de ella hay punzones, tinteros, un cubilete lleno de plumas cuya tinta se secó hace tiempo, un reloj de bolsillo que en algún momento se quedó parado marcando las cinco y media. Presidiendo la camilla, que invita a la charla larga y sabrosa, hay un sillón de terciopelo rojo claveteado con clavos dorados. Sobrecoge su presencia solitaria, como desamparada. Dice muchas cosas en su mudez, este sillón que no es como los demás. Desde él se ha pensado, se ha plasmado toda una obra. Cerca, una máquina de escribir, cubierta por la funda de plástico, cuyas teclas han enmudecido. Del sillón vacío, de la máquina de escribir cubierta y como jubilada, de las plumas que ya no se usan, del reloj parado, emana un cierto dramatismo de ausencia irremediable y eterna.

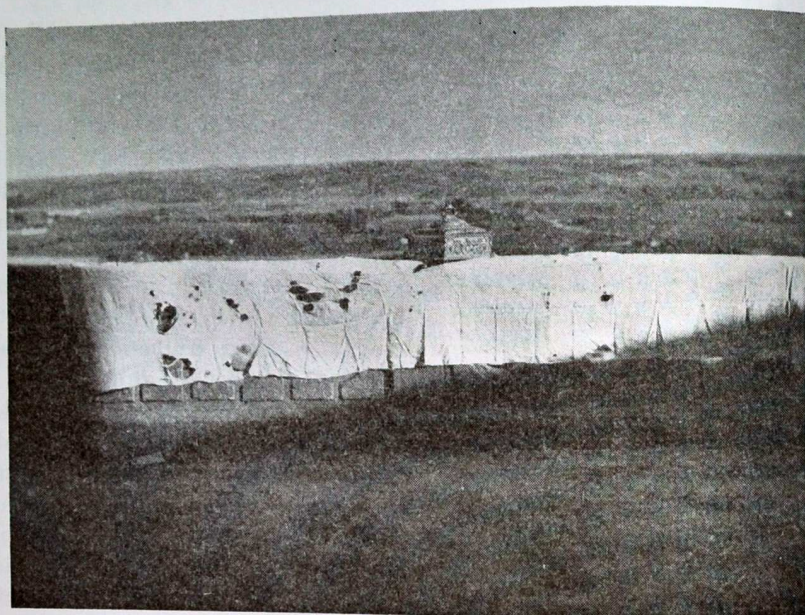
Hace poco más de dos años que Canilleros dejaba su despacho para siempre. Cierro los ojos. Me traslado a un pretérito muy cercano todavía. Entonces su presencia llenaba el sillón de terciopelo rojo. Su presencia: un monólogo tremendamente ameno, de conversador brillante abierto a todos los diálogos; unos ojos singularmente expresivos que escrutaban tras los lentes de intelectual; un rostro delgado, aristocrático; unas manos nerviosas que hablaban. Vuelvo a mirar el sillón: sigue vacío. Tras él hay una estantería completamente abarrotada de libros. Me acerco y, al azar, voy leyendo títulos: «Trujillo», de Clodoaldo Naranjo; «Conquista de la Nueva España»; «Francisco Pizarro»; «Historia de Pascualete», por la condesa de Quintanilla; «Antología de Lima»; «Zurbarán, su vida y su obra»...

Me voy hacia un ángulo de la habitación donde se halla mi meta: Un mueble escritorio con puerta vitrina en su parte superior; pegada al cristal hay una fotografía de la Virgen peregrina de Fátima, recordándose su silueta blanca con el castillo de Las Seguras por fondo. Colgado muy alto, está San Pedro de Alcántara, el santo familiar tutelar de los Topetes alcantarinos, sus parientes; de los Canilleros luego, de rechazo. Debajo, a ambos lados, en dos pequeños grabados con sus marcos de viejo color oro, dos perfiles románticos —el Príncipe de la Paz, don Manuel Godoy, y Espronceda— ponen en contrapunto mundano de sus apasionadas vidas pecadoras junto al santo de los ascetismos y las penitencias sublimes. Aún más abajo, otros dos marcos viejos: Dos dibujos de pequeñas flores que se adivinan pintados por una mano de mujer; una mano extraordinariamente femenina y sensitiva. Al pie de ellos, está escrito con letra menuda: «Dibujado por Carolina Coronado». Hermosa, trágica y genial Carolina, gran dama del romanticismo español que pintó Madrazo envuelta en mantilla negra, bella, majestuosa, enlutada y un sí es no es dramática, cuando todo en la vida le sonreía aún. Aquí mismo, en este despacho, se conserva amorosamente, casi con veneración de reliquia, su pluma y su tintero. Abro las puertas vitrinas del mueble. Dentro se apretujan libros gruesos; libros aplastados de cantos y adornos dorados, encuadernados con un lujoso buen gusto: «La antihistoria extremeña»; «Doña Isabel de Moctezuma, la novia de Extremadura»; «El mayorazgo de Blasco Muñoz»; «Francisco de Lizaur»; «Don Gutierre de Sotomayor, Maestre de Alcántara»; «La Real Audiencia de Extremadura»; «Los Pizarro Yupanqui: mestizos de héroes y emperadores»... «Como verán Vds., no soy perezoso», solía decir Canilleros señalando hacia el escritorio, mostrando su obra a los visitantes, invariablemente bien acogidos, que se colaban en su despacho.

El 28 de Diciembre de 1900 nacia en su bienamado Cáceres, Miguel Muñoz de San Pedro e Higuero Torres-Cabrera y Cotrina, extremeño de viejas raíces por tres de sus costados; extremeño, de raíces algo más nuevas, por los Muñozes, hidalgos serranos traídos desde la Sierra de Cameros a la villa cacereña por el Honrado Concejo de la Mesta, allá por cuando Napoleón e Inglaterra perdían y ganaban respectivamente, la batalla de Trafalgar. Canilleros llevaba en sus venas una amalgama de sangre procedente de todas las «Extremaduras».

Miguel Muñoz de San Pedro nacia para el mundo de las letras en 1922, justo cuando comenzaba para Cáceres la que él mismo bautizaría como «la era del Obispo Segura». «Cuento» se llamó su primer trabajo salido a la luz pública en la Revista de la Juventud Católica y leído en la velada inaugural de ésta. En el año de su muerte, Canilleros se preparaba para festejar sus bodas de oro literarias. Imposible sintetizar aquí en tan poco espacio, cincuenta años de la vida de un escritor de producción extraordinariamente fecunda y plena de facetas. El sí que hubiese realizado bien brevemente, con sólo cuatro trazos, su propia autocrítica biográfica como poeta, autor teatral, prosista, conferenciante, historiador e investigador. Poseía ese arte envidiable de no desperdiciar vocabulario, sin, no obstante, dejarse nada en el tintero. Sabía condensar su prosa bella, asequible y amenísima; sabía encadenarla a las exigencias del espacio y del tema, sin omitir nunca el dato que pudiera resultar interesante o curioso; sin descuidar jamás la belleza de los finales impregnados de sentimiento donde el poeta se cobraba sus auto-revanchas sobre el erudito.

Voy a silenciar partículas muy importantes de su obra que merecerían una mención extensa. No puedo detenerme ante el librito intrascendente, sólo en apariencia, que le valió a Canilleros su mayor éxito editorial: «La ciudad de Cáceres. Estampas de medio siglo de pequeña historia»; 347 páginas de evocacionismos provincianos; todo él una pura delicia. No puedo, tan siquiera, dedicar algunos comentarios al «Diego García de Paredes», publicado en la colección Grandes Biografías. Canilleros escribió despacio, con profundo cariño, esa epopeya cabaleresca que fue la existencia de su ascendiente más glorioso. Cito, sólo de pasada —tengo que hacerlo— «Coria y el Mantel de la Sagrada Cena», estudio histórico que rescató del olvido una gran devoción que traspasó fronteras y se extinguió en el siglo XVIII: La del Mantel de la Sagrada Cena que se conserva —lo dice la tradición y casi lo confirma la ciencia— en la catedral cauriense. La devoción restaurada trajo, como en otros días, romeros a Coria, entre ellos la Duquesa de Alba (marquesa de Coria), doña Carmen Polo de Franco y los Príncipes don Juan



La preciada reliquia del Mantel de la Sagrada Cena, en Coria

Carlos y doña Sofía, recibidos cuando aun su *status* no era oficial, en medio del más espontáneo entusiasmo popular.

Me he quedado con dos libros: Un tomito de versos, escritos de juventud, cuando el historiador, el investigador famoso, celoso del dato y la fecha, era tan solo un joven poeta lleno de ideales, y un grueso tomo, ilustrado con 611 fotografías. El libro cumbre de su vida: «Extremadura. La tierra en la que nacían los dioses».

Tengo ahora entre mis manos el tomito de versos, un pequeño volumen con un título muy sugerente para un poeta novel que iniciaba sus primeros pasos: «A través de la aurora». En 1923, la tipografía del recién aparecido diario «Extremadura» homenajeaba a su colaborador editándole este su primer libro. En sus páginas hay una poesía cuajada, teñida de idealismos que sueña con hazañas e hidalguías de la raza.

Dejo el pequeño libro poético de los versos con sabor aldeano y los cantos a la hidalguía y los heroísmos raciales; el estilo vacilante entre Gabriel y Galán y Ricardo León. Cojo ya el grueso tomo de las 611 fotografías, publicado por Espasa-Calpe en 1961. Creo que aun de no habérselo pedido la Espasa, Canilleros habría escrito este libro de todas maneras. Posiblemente andaba madurándolo hacia mucho tiempo, y antes o después, habría acabado por plasmarlo. Airosamente supo com-

paginar los concisos datos histórico-artísticos con los párrafos de altos vuelos literarios. Al finalizar su prólogo, dice bien claro cuál había sido su intención «... nuestro propósito no es trazar rutas turísticas—éstas se encuentran fácilmente en los mapas—sino adentrarnos en Extremadura, perdernos en sus confines e ir descubriendo lo que nos salga al paso sea historia o leyenda, arte o tipismo, pretérito o presente...». El libro, el gran libro de Extremadura, produjo auténticos *coups de foudre*, verdaderos súbitos enamoramientos de lo extremeño, proporcionando a nuestra región un número incalculable de fervientes extremeñistas. Por primera vez, y eso es lo importante, alguien había presentado a España el rostro total, inédito, de Extremadura, rasgando las tinieblas de la triste leyenda negra que la envolvían.

El conde de Canilleros nos dejó el 5 de Abril de 1972, cuando estaba a las puertas del IV Congreso de Estudios Extremeños, uno de sus logros más queridos. A Canilleros le fue a buscar la muerte a un aséptico cuarto de una clínica del despersonalizado Madrid, en una mañana parecida a ésta, cuando el sol hacía guiños sobre el farol romántico junto a la ventana de su despacho, y daba una hora —las nueve—en la vecina torre de Santa María, su iglesia. Después de dos años, aún no hay una calle, un rincón cacereño que lleve su nombre. Pienso en una arteria amplia y moderna de ese Cáceres funcional que se nos desparra cada día más, o en un rinconcillo recoleto, recién restaurado, del barrio noble. Avenida, atrio, calle, callejón o plazuela del Conde de Canilleros. Sonaría bonito.

Fátima MARTIN - PEDRILLA

